

**C** IUDAD PANAMA.—Puede llamarse John o Mike, Billy o Robert, pero no es eso lo importante; independientemente de su apelativo, si vive en la llamada Zona del Canal de Panamá tiene un sello común, algo que lo uniforma y este algo es el privilegio.

El o su abuelo llegaron alguna vez a este país que se llama Panamá, famoso ya en el mundo como el «cementerio de los blancos» después de que las plagas acabaron con miles de franceses a finales de siglo, desembarcaron en el estrecho istmo, trajeron su técnica y el pujante poderío de la América del Norte de principios de siglo, y construyeron un canal interoceánico considerado durante muchos años como la última maravilla del mundo.

Eso cuenta la historia, así la contaría él y así ha sido narrada durante largas décadas en el mundo: el hombre blanco, presuntuoso de su cultura ya inserta en la época de las máquinas, vence a la Naturaleza de un país tórrido y, desde luego, adquiere de hecho una especie de paternidad no solamente sobre su obra, sino sobre todo lo que la rodea.

Pero para entenderlo bien, para comprender su psicología y esbozar su retrato hay que agregar algo más: John, Mike, Billy o Robert llegaron en 1903 a Panamá, y no sólo traían consigo su bagaje de técnicas modernas para la época, sino todo un esquema mental, toda una concepción del hombre y de la vida que ya nunca los abandonarían.

La historia suele tener a veces amnesias extrañas, pero comprensibles; así, olvida que este o estos hombres que llegaron a pelear con la Naturaleza eran en su mayoría los vencidos sureños golpeados por la derrota en la guerra de Secesión norteamericana.

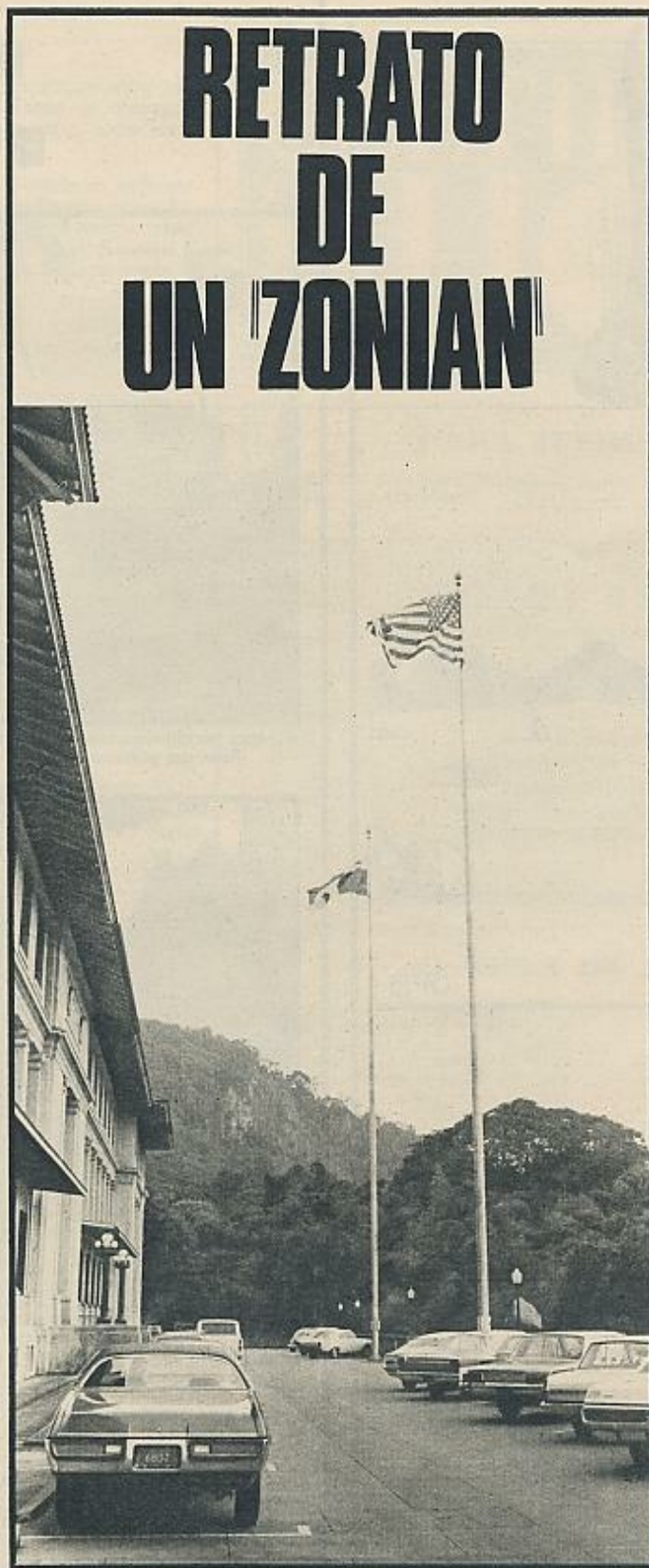
La cultura del Sur norteamericano a principios de siglo (que, paradójicamente, después de su derrota militar terminó por dominar la sociedad de ese país en la actualidad) era la del más puro racismo, la cultura capaz de producir al juez Lynch y al Ku-Klux-Klan como los mejores frutos de su seno.

Es entonces comprensible que John, o como se llame, viera desde el principio como terrible la posibilidad de confundir su piel, su superioridad, su grandeza imaginaria con la piel cobriza, la cultura depauperada por la explotación y la imaginaria inferioridad de los hombres del país que creía conquistar.

Pero, además, esto se justificaba plenamente si recordamos que Lincoln liquidó la esclavitud, pero hizo leyes que, de hecho, sancionaban la discriminación racial al extremo de convertirla en el retrato absoluto de la joven Norteamérica.

El hombre que llegó a Panamá en 1903 sabía todo eso y, desde luego, empezó a dictar sus propias leyes en el trabajo, en la vida social, en la organización humana de las decenas de miles de trabajadores que construyeron el canal.

Primero era necesaria la separación física en el asueto, ya que el carácter del trabajo la hacía imposible a este nivel: Mike decidió recordar sus buenos tiempos del



## ARQUELES MORALES

Sur y construyó grandes villas blancas, casas primorosas en las que sembró manzanos o eucaliptos, edificios llenos de detalles iguales a los que podemos hallar en las postales de Virginia o Alabama.

Los jamaicanos importados como mano de obra y los propios panameños tuvieron que conformarse con barracones, casas grises y tris-

tes, y años más tarde, a lo sumo, con edificios multifamiliares en los que se amontonan las familias.

Cada cosa en su sitio, pensó seguramente Billy, y así construyó los clubs de los blancos y los «del resto», los comedores de unos y otros e incluso (de esto se lamentaba en mi presencia un escritor panameño que lo vivió en carne

propias) iglesias donde los blancos rezan a su Dios y otras en las que los negros hacen lo propio con el mismo Dios común.

Todo esto, sin embargo, no bastaba para afirmar la separación que Robert consideraba tan necesaria: entonces inventó lo del «silver roll» y el «gold roll», que no es otra cosa que el salario diferenciado entre norteamericanos y el resto del mundo: por un mismo trabajo, un norteamericano recibía dos veces más que lo que recibiría un jamaicano o un panameño. Unos cobraban en el sistema de oro, los otros en el de plata.

A partir de ese momento, después de haber llegado a Panamá apabullado por lo que consideraba la derrota de su mundo por la guerra de Secesión, John supo que no había sido derrotado, que podría reconstruir su sociedad en esta larga franja en donde sería omnipotente, y entonces ya no fue más que un «zonian», un ser superior, a su juicio: alguien que debe evitar todo cuanto sea posible la contaminación con un exterior que cree tener que soportar, pero que nunca intentó tratar de comprender. Por otra parte, ¿para qué?, debe haberse preguntado; construyó entonces todos los dispositivos que le permitieran sobrevivir sin contacto con el país que de cualquier manera habita, y es más, decidió que ese país debería marchar al ritmo de sus intereses: él era un «zonian» y eso bastaba.

Un escritor norteamericano que vivió durante siete años en Panamá lo describe como un hombre «taciturno, metido dentro de su casa, viendo su televisión solamente en inglés, viviendo de espaldas a toda la realidad que lo circunda menos a la Naturaleza, incapaz incluso después de décadas de pedir una cerveza en español».

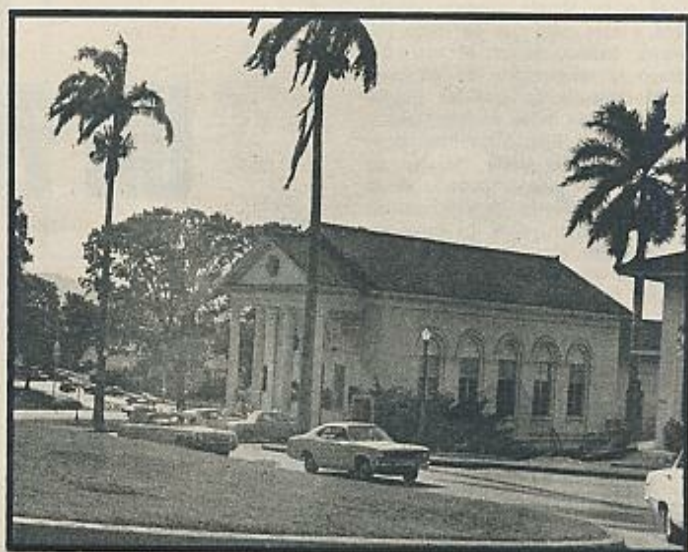
Otro periodista norteamericano que convivió con él durante la segunda guerra mundial describe su «habitat» como una «especie de cajón acolchado, de esos que sirven para trasladar a los caballos de carrera y que no sólo impiden ver el exterior, sino que protegen de ruidos molestos, de contactos impuros e innecesarios».

Era lógico que Billy defendiera «su mundo»: y así, mandó cercar lo que consideraba su propiedad, y en cada entrada a su mundo puso un centinela compatriota suyo para decidir quiénes pueden y quiénes no pueden ingresar a su ámbito, puso a sus hermanos a vivir bajo sus propias leyes como en los países colonia, creó su policía, sus Tribunales, su estructura casi de nación.

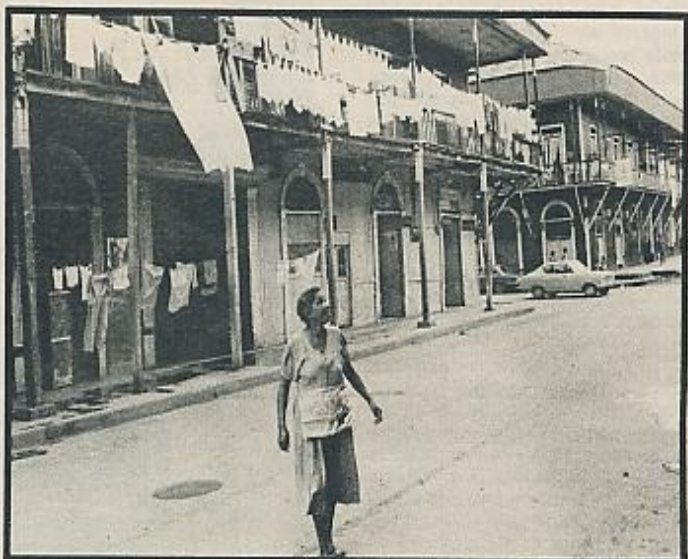
Algo, sin embargo, olvidó en su planificación: los habitantes del pequeño país que se llama Panamá no comprendieron en su gran mayoría cómo era posible tener un país dentro del país, un poder dentro del poder, un Gobierno dentro del Gobierno, y claro, no les hizo nada de gracia el hecho de que Robert, como si lo anterior fuera poco, decidiera más allá de su «cajón acolchado».

La vieja tesis norteamericana de que el dinero lo resuelve todo pareció durante décadas funcionar como una maquinaria aceitada: con escasas excepciones, los gobernan-

## RETRATO DE UN ZONIAN



«... Mike decidió rememorar sus buenos tiempos del Sur..., casa primorosa..., edificios que podemos hallar en las postales de Virginia o Alabama...».



«Los jamaicanos importados o los propios panameños tuvieron que conformarse con barracones...».

tes del país siempre se plegaron a servir a Mike por sobre sus compatriotas, a complacer a Mike aun yendo en contra de los intereses del país.

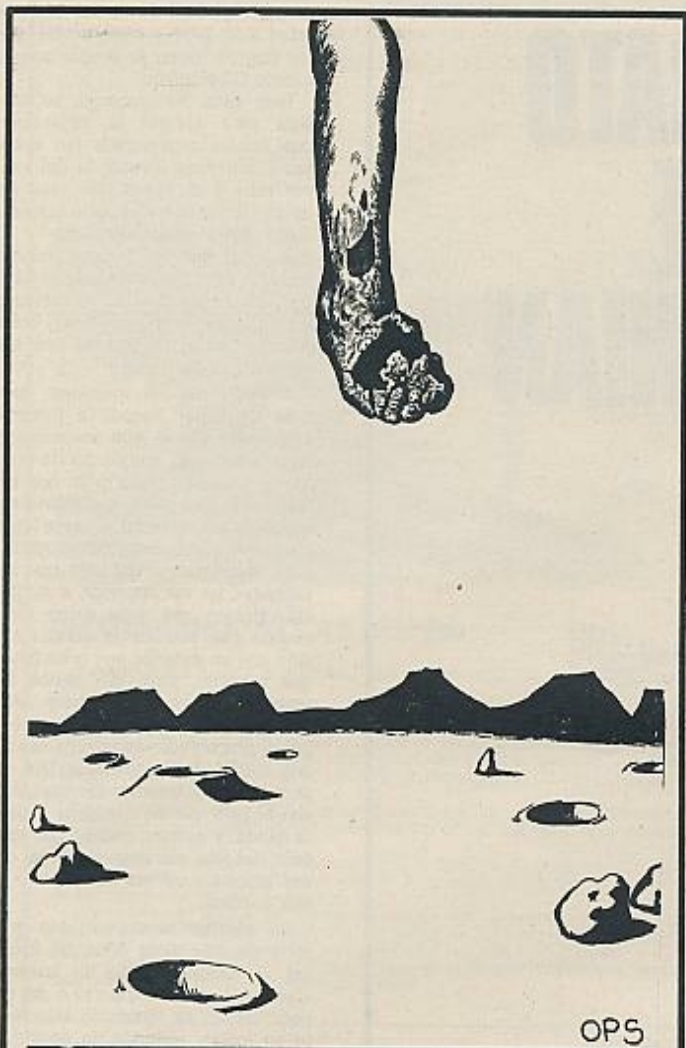
«Zonian» hasta el tuétano de los huesos, nunca pudo comprender Billy que alguien pudiera estar insatisfecho con la situación: cuando alguien lo estuvo, dentro o fuera de la cerca, mostró su fuerza, sus fusiles, su poderío y algunas veces no se conformó con mostrarlo, sino que hizo uso de él, ensangrentando las calles panameñas.

Pero también se hizo político, nombró senadores que lo representaran, gobernantes *ad hoc* para su pensamiento y entonces se sintió seguro.

No es extraño, entonces, que ahora, ante la posición del Gobierno y pueblo panameño en relación con la jurisdicción y soberanía so-

bre la llamada Zona del Canal, Mike, John, Robert o Billy aúllen desesperadamente, invoquen el derecho divino, exigiendo que se les respete «su mundo»: él es un «zonian», y ser uno de ellos significa ser un privilegiado y los privilegiados no se abandonan voluntariamente.

El pueblo panameño, por su parte (que a decir del general Omar Torrijos ha tenido una paciencia ejemplar soportando la presencia de un gobernador extranjero en su territorio, la imposición de una bandera extraña y de una explotación de corte colonial en la llamada Zona del Canal), espera, pero da ya muestras de haber perdido la paciencia referida y, con los dientes apretados, canta de cuando en cuando una tonada popular que dice: «Que se vayan de la Zona los "zonian" americanos... ■ A. M.



OPS



OPS